

## V

Aislada la izquierda realista, privada del apoyo de la caballería que la ligaba con su línea de batalla y debilitada de las compañías de granaderos que por orden de Osorio habían acudido á formar la reserva general, Las Heras se disponía á arrebatár su posición, cuando Primo de Rivera que la mandaba, emprendió su retirada, dejando abandonados en el mamecón sus cuatro cañones. El núm. 11 de los Andes y los cazadores de Coquimbo, convergen entonces hacia el centro, persiguiendo activamente las fuerzas de Primo de Rivera, y toman la retaguardia enemiga, mientras el batallón « Infantes de la Patria » de Chile, rehecho, vuelve á concurrir al ataque de la izquierda. La batalla se concentraba en breve espacio sobre la meseta triangular de la lomada de Espejo, donde iba á decidirse. (Véase el plano.)

Casi simultáneamente, el combate se renovaba con más encarnizamiento por una y otra parte en la extremidad opuesta de la línea. Para despejar el ataque por este lado, San Martín ordena á los Cazadores montados de los Andes y á los Lanceros de Chile, que arrollen la caballería de la derecha enemiga. Bueras y Freyre cumplen bizarramente la orden: llevan una irresistible carga á fondo á los Lanceros del rey y

---

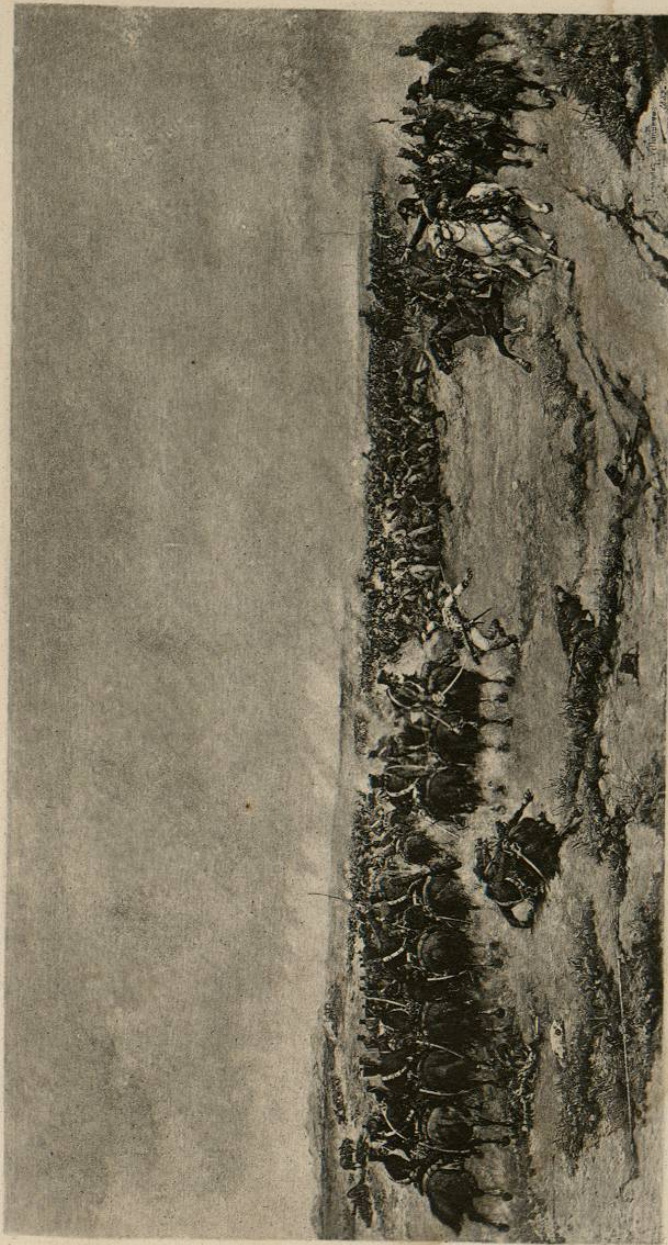
se había reservado el mando inmediato de esa fuerza para emplearla en el momento oportuno según su plan. Esto conciliaría la aparente contradicción, que en nada afecta al hecho en sí mismo; debiendo tenerse presente, que Quintana, aunque valiente y probo, era un tanto jactancioso y confuso en sus reminiscencias, como se ve por su misma Relación; que no reclamó del parte de la batalla de Maipu; que se conformó agradecido con un informe que le expidió San Martín declarando que « la batalla de Maipu se debía á su coraje », y que sólo veinte años después, hizo por la primera vez mención de la circunstancia de cargar sin orden, omitiendo advertir que no pudo haberlo verificado sin que ésta fuese dada expresamente por el general, como éste lo afirmó oficialmente en su presencia.



Alcornoque, la izquierda de la columna, privada del apoyo de la caballería que le había sido su línea de batalla y debilitada de sus compañías de granaderos, que por orden de Osorio habían avanzado a formar la reserva general. Las Heras se disponía a trasladar su posición cuando Primo de Rivera que la mandaba, emprendió su retirada, dejando abandonados en el terreno sus cuatro cañones. El núm. 11 de los Andes y los cazadores de Coquimbo, convergen entonces hacia el centro, persiguiendo activamente las fuerzas de Primo de Rivera, y toman la retaguarda de las tropas, mientras el batallón « Infantería de la Patria » de Chillá, rehecho, vuelve á concurrir al ataque de la izquierda. La batalla se concentraba en breve espacio sobre la planicie triangular de la lomada de Espejo, donde iba á decidirse. (Véase el plano.)

Casi simultáneamente con el avance en masa con más entusiasmo que en el primer día de la extremidad opuesta de la línea. Desde el primer momento por este lado, San Martín ordena á los Cazadores de los Andes y á los Lanceros de Chile, que avanzan en la retaguarda de la derecha enemiga. Buenos y Freyre obedecen inmediatamente la orden: hacen una irresistible carga, y llegan á los Lanceros del rey y

de haberse conocido el estado de ánimo de esa fuerza para emplearla en el momento oportuno, según se ve. Esto conciliaría la aparente contradicción que se nota al ver que en sí mismo; debiendo tenerse presente que los hechos, aunque no se probó, era un tanto jactancioso, y se ve en sus declaraciones, como se ve por su misma Relación, que él mismo del parte de la batalla de Maipú; que se conformó con el relato que se dio en el momento de San Martín declarando que él mismo Maipú se dio á su orden, y que sólo veinte años después, cuando se le preguntó en una circunstancia de cargar sin orden, se acordó decir que no se lo había verificado sin que ésta fuera dada, y finalmente por el general, como éste lo afirmó oficialmente en su memoria.



BATALLA DE MAIPU  
(Reproducción del cuadro original del Doctor Fernandez Villanueva.)

Hist. de San Martín por B. Mitre.

TOM II. LAM. XIV.

los Dragones de Concepción que salen á su encuentro, los hacen pedazos y los persiguen largo trecho en desbande hasta dispersarlos completamente. Bueras muere en la carga, atravesado de un balazo. Freyre, tomando el mando de todos los escuadrones, trepa la altura y amaga el flanco derecho de Ordóñez. La caballería realista de ambos costados ha desaparecido. El combate final se traba entre la infantería argentino-chilena y la española.

Los tres batallones de la reserva mandados por Quintana, forman en línea de masas: el 7.º de los Andes más avanzado á la izquierda; el núm. 3 y núm. 1.º de Chile al centro y la izquierda, un poco más á retaguardia. Al trepar la altura, encuéntranse casi á quema ropa con las columnas de Ordóñez y Morla, que ocultas por un pliegue del terreno oblicuaban en aquel momento sobre su izquierda para hacer frente al nuevo ataque, sin cuidarse de la deshecha división de Alvarado (23). El « Burgos », que no había entrado en pelea en el primer encuentro, hace flamear su secular bandera, laureada en Baylén (24) y sus soldados entusiasmados gritan: « Aquí está el « Burgos »! Diez y ocho batallas ganadas! Ninguna perdida!» (25) La batalla se empeña con nuevo ardor á los gritos de ¡ *Viva la Patria!* ¡ *Viva el Rey!* (26) Independientes y realistas hacen esfuerzos heroicos para alcanzar la victoria. Las distancias se estrechan. Los independientes atacan con impetuosa intrepidez. Los realistas resisten tenazmente, sin retroceder un solo paso. « Con dificultad, dice

(23) « Relación » del general H. de la Quintana, cit. p. 52.

(24) El sobrenombre del Burgos era « El Sol » por llevar en su bandera este emblema en oro sobre campo azul, bordura en gules, con la leyenda tomada de Isaías: « *Civitas solis, vocabitur una* », ó sea « una sola será llamada ciudad del sol. » (Clonard: « Hist. orgánica de las armas de infantería y caballería españolas », t. X, p. 365-366.)

(25) Informe verbal del general Espejo, actor en la batalla.

(26) Haigh: « Sketches », etc., p. 224.

» San Martín en su parte, se ha visto un ataque más bravo,  
 » más rápido y más sostenido, y jamás se vió una resistencia  
 » más vigorosa, más firme y más tenaz. »

La división de Alvarado, rehecha en gran parte, entra al fuego por el mismo punto por donde había trepado antes la lomada, y concurre al ataque de la reserva, á la vez que Borgonio con ocho piezas marcha al galope á ocupar la puntilla del este. La derecha patriota con la artillería de Blanco Encalada avanzada, converge al centro y toma la retaguardia de los realistas. La caballería de Freyre vencedora, amaga su flanco derecho. El « Burgos » agita su bandera, y pelea como un león (27). El batallón Arequipa, mandado por Rodil, mantenía impávido su posición. Los batallones Infante don Carlos y Concepción, dirigidos personalmente por Ordóñez, se baten con desesperación. En esos momentos, el general en jefe del rey, abandona el campo de batalla y se entrega á la fuga. Ordóñez, el más digno de mandar á los realistas en la victoria y en la derrota, toma la dirección de la formidable columna de la infantería española, é intenta desplegar sus masas; pero el terreno le viene estrecho, y se envuelve en sus propias maniobras. El núm. 7 de los Andes y el núm. 1.º de Chile cargan á la bayoneta, á los gritos de ¡*Viva la libertad!* y la escolta de San Martín, al mando del mayor Ángel Pacheco, juntamente con Freyre cargan sobre su flanco derecho (28). El Burgos forma cuadro, y rechaza las cargas, aunque con grandes pérdidas. Hacía media hora que duraba el porfiado combate. Los realistas, circundados, sin caballería que los apoye y exhaustos de fatiga, vacilan y empiezan á cejar, pero sin des-

(27) Clonard, en su « Hist. orgán. de las armas españolas », antes cit. dice en el t. X, p. 389: « Burgos pelea, como peleaba en Finisterre » y Baylén, como un león; pero la fortuna vuelve la espalda al ejército europeo. »

(28) Haigh: « Sketches », etc., p. 224. — « Relación » del general H. de la Quintana, p. 52. — Informe verbal del general Las Heras.

ordenarse (29). La última esperanza, es la reserva de granaderos desprendida de la izquierda que no pudo llegar á tiempo, y los cazadores de Morgado que perseguidos de cerca por Las Heras, quedan cortados y se precipitan en fuga sobre el callejón de Espejo (30). Ordóñez, con sus filas raleadas emprende con serenidad la retirada hacia la hacienda de Espejo, formado en masa compacta. San Martín redobla sus órdenes para que la persecución se haga vigorosamente á fin de impedir toda reacción, y condensa su ejército. Ordóñez continúa impávido su movimiento retrógrado, y con sus últimos restos se refugia en la hacienda de Espejo. La batalla estaba decidida por los independientes. San Martín, con el laconismo de un general espartano, dicta desde á caballo el primer parte de la batalla, y el cirujano Paroissiens lo escribe, con las manos teñidas en la sangre de los heridos que ha amputado: « Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño » resto huye: nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. » La patria es libre » (31). Los enemigos del gran capitán

(29) San Martín lo declara así en su parte detallado, haciendo honor al valor del enemigo: « Este primer suceso parecía debía darnos por sí » solo la victoria; mas no fué posible desordenar enteramente las columnas enemigas. Nuestra caballería acuchillaba á su antojo los flancos y retaguardia de ellas; pero marchando en masa, llegaron hasta » los callejones de Espejo. »

(30) En el plano de la batalla de Maipu se coloca la reserva de los granaderos españoles, en el punto que ocupó al final, después de haber sido destacada á su izquierda y retirada de ella. Osorio, en su parte detallado, cit. dice: « Dí órdenes que á retaguardia, como cuerpo de » reserva se colocasen las compañías de granaderos y cazadores. El » jefe de estado mayor (Primo de Rivera) á quien se le repitió tres veces » por mis ayudantes de campo para que se concentrara sobre la 1.ª y » 2.ª división, á fin de apoyar en reserva al flanco izquierdo de ésta, no » lo verificó, y sí sobre la columna de granaderos; pero ya tarde. »

(31) Parte de San Martín sobre el campo de batalla. El viajero inglés Haigh, que presencié la escena, fué el encargado de conducirlo á Santiago, y en su libro describe el entusiasmo popular, cuando al atravesar la alameda de la ciudad con el papel ensangrentado en la mano, anunció la victoria. V. *Sketches*, p. 228-229.

sud-americano han dicho, que San Martín estaba borracho al escribir este parte. Un historiador chileno lo ha vengado de este insulto con un enérgico sarcasmo : « Imbéciles ! estaba borracho de gloria ! » (32)

En ese instante oyéronse grandes aclamaciones en el campo. Era O'Higgins que llegaba. El director, al saber que la batalla iba á empeñarse, devorado por la fiebre causada por su herida, monta á caballo y al frente de una parte de la guarnición de Santiago, se dirige al teatro de la acción. Al llegar á los suburbios, oye el primer cañonazo y apresura su marcha. En el camino, un mensajero le da la noticia que el ala izquierda patriota ha sido derrotada, y sigue adelante sin trepidar ; pero al llegar á la loma tuvo la evidencia del triunfo. Adelantóse á gran galope con su estado mayor, y encuentra á San Martín á inmediaciones de la puntilla sud-oeste del triángulo, en momentos que disponía el último ataque sobre la posición de Espejo : le echa al cuello desde á caballo su brazo izquierdo, y exclama : « Gloria al salvador de Chile ! » El general vencedor, señalando las vendas ensangrentadas del brazo derecho del director, prorrumpe : « General : Chile » no olvidará jamás su sacrificio presentándose en el campo » de batalla con su gloriosa herida abierta. » Y reunidos ambos adelantáronse para completar la victoria. Eran las cinco de la tarde, y el sol declinaba en el horizonte.

La batalla no estaba terminada. Ordóñez, sin desmayar, se había posesionado del caserío de Espejo, dispuesto á salvar el honor de sus armas con la resistencia, ó la vida de sus soldados en una retirada protegida por la oscuridad de la noche. Reconcentró allí las compañías de granaderos y cazadores casi intactas, y los restos del Burgos, el Concepción y el

(32) Vicuña Mackenna : « Rel. Hist. » art. « La batalla de Maipo », 1.ª parte.

Infante don Carlos, habiéndose el Arequipa retirado hecho del campo con su comandante Rodil. El valeroso general español, con una admirable sangre fría, lo dispone todo personalmente con habilidad y decisión. Coloca en el fondo del callejón, tras una ancha acequia frente de un puentecillo, los dos únicos cañones que le quedaban, sostenidos por cuatro compañías de fusileros. Forma el grueso de su infantería sobre una pequeña altura fronteriza á las casas, dando cara á los dos frentes vulnerables ; reconcentra en el patio de las casas su reserva, pronta á acudir á todos los puntos amenazados ; cubre con destacamentos los callejones laterales, y extiende en contorno, protegidos por las tapias y emboscados en las viñas, un círculo de cazadores. En esta actitud decidida espera el último ataque.

Las Heras es el primero que persiguiendo á los cazadores de Morgado, llega á la puntilla sud-oeste, fronteriza á la boca alta que domina el callejón de Espejo. Dióse cuenta inmediatamente de la situación, y prudentemente dispuso que el batallón descendiera al llano y se ocultase tras de un pequeño mamelón al oriente del caserío (izquierda española) y esperase la señal de un toque de corneta para coronarlo y romper el fuego. Á medida que fueron llegando otros batallones, les señaló sus puestos, y estableció convenientemente la artillería en la parte alta de la puntilla, á fin de cañonear la posición antes de dar el asalto. En esos momentos se presenta el general Balcarce, y ordena imperiosamente que el batallón Cazadores de Coquimbo ataque sin pérdida de tiempo por el callejón. El comandante Thompson, da la señal y penetra resueltamente en columna al desfiladero. Allí es recibido por la metralla de las dos piezas que lo defendían. Pretende avanzar ; pero nuevas descargas de fusilería del frente y de los flancos, lo detienen, y al fin lo hacen retroceder en derrota, dejando en el sitio 250 cadáveres, salvando con todos sus oficiales heridos. Volvióse entonces al bien calculado plan de Las

Heras. Los comandantes Borgoño y Blanco Encalada rompieron el fuego con diez y siete piezas, que en menos de un cuarto de hora desconcertó las resistencias, obligando á los realistas deshechos por el cañoneo, á refugiarse en las casas y en la viña del fondo. La señal de asalto se da: el núm. 41, sostenido por dos piquetes del 7.º y 8.º de los Andes, carga por el flanco rompiendo tapias, y pasa á la bayoneta cuanto se le presenta. La batalla estaba terminada. Los realistas se dispersan en pelotones en las encrucijadas, viñas y potreros adyacentes. En ese momento hace su aparición en la lucha final, un regimiento auxiliar de milicias de Aconcagua, que lazo en mano se apodera de centenares de prisioneros como de reses en el aprisco. Los vencedores irritados por el sacrificio del Coquimbo, continuaban matando, cuando se presentó Las Heras, y mandó cesar la inútil carnicería. Pocos momentos después le entregan sus espadas como prisioneros, el heroico general Ordóñez, el jefe de estado mayor Primo de Rivera, el jefe de división Morla, los coroneles de la caballería Morgado y Rodríguez, y con excepción de Rodil, todos los oficiales de la infantería realista, Laprida, Besa, Latorre, Jiménez, Navia y Bagona, y multitud de oficiales. Las Heras alargó ambas manos á Ordóñez, y lo saludó como á un compañero de heroísmo, ofreciéndole noblemente su amistad, y amparando con su autoridad á sus compañeros de infortunio (33).

(33) Torrente, tan procaz siempre que nombra á los jefes independientes, hace justicia á la caballerosa conducta de Las Heras en esta ocasión. « Los orgullosos insurgentes, dice, mancharon la victoria con » varios actos de crueldad cometidos sobre los desgraciados prisioneros: » éstos cesaron sin embargo á la llegada de Las Heras, quien animado » de sentimientos más generosos, empleó todo su influjo y autoridad » para contener á la desenfrenada soldadesca. » (*Hist. de la Revol. Hisp. Amer.*, t. II, pág. 431.)

## VI

Los trofeos de esta jornada fueron, doce cañones, cuatro banderas, 1,000 muertos contrarios; un general, cuatro coroneles, siete tenientes coroneles, 150 oficiales y 2,200 prisioneros de tropa; 3,850 fusiles, 1,200 tercerolas, la caja militar, el equipo y las municiones del ejército vencido. Esta victoria, la más reñida de la guerra de la independencia sud-americana, fué comprada por los independientes á costa de la pérdida de más de 1,000 hombres entre muertos y heridos, pagando el mayor tributo los libertos negros de Cuyo de los cuales quedó más de la mitad en el campo (34). Más que por sus trofeos,

(34) Tomamos los datos numéricos de una relación oficial (original), firmada por el general Las Heras en Santiago de Chile el 20 de junio de 1818, que incluye sólo 8 piezas de artillería tomadas, — 4 de batalla y 4 de montaña, — y da 172 jefes y oficiales y 2,289 individuos de tropa prisioneros; 3,844 fusiles, 1,200 tercerolas y 2,400 cartuchos tomados, además de otros artículos de material de guerra que detalla. Respecto de la caja militar dice Las Heras en su mencionada relación: « La caja » militar y varios útiles tomados en el momento de la acción, no van » incluidos, en razón de haber sido tomados indistintamente por los soldados del ejército y tropas de milicias. » (Arch. San Martín, vol. LXVI. M. S.) En su « Relación » descriptiva, M. S. antes cit. dice: « La fuerza del enemigo pasaba de 5,500 hombres en cuatro batallones » y doce piezas de artillería » que son las que declara Osorio en su parte, lo que corrige la omisión de su relación oficial. Para la descripción general de la batalla y sus peripecias y episodios, hemos consultado y comparado, además de los documentos así americanos como españoles citados (y otros no citados que figuran en el Arch. San Martín, vol. cit.), los testimonios de los siguientes actores en la batalla: Las Heras, jefe de la derecha; Alvarado, jefe de la izquierda; Zapiola, jefe de la caballería de ídem; Freyre, jefe de la caballería de la izquierda; Blanco Encalada, jefe de la artillería de la derecha; Plaza, jefe de la artillería del centro; Enrique Martínez, jefe del núm. 8 de infantería de los Andes; O'Brien, ayudante de campo de San Martín; Escalada (Manuel), de granaderos á caballo; Arcos, ingeniero del ejército, y otros jefes y oficiales de las tres armas, á saber: Generales Espejo, Olazábal (Felix), Juan